

LIBRO CUARTO.

Movimiento de Napoleon sobre Paris.—Atraviesa por Troyes y Sens.—Llegada de los ejércitos coaligados al frente de Paris.—Batalla de Paris.—José manda á Marmont capitular.—Proclama de José.—Fuga de José, de Gerónimo y del gobierno.—Mortier ofrece una suspension de armas.—Ultima resistencia de Marmont.—Propone una suspension de armas.—Diputacion del Consejo municipal á Marmont.—Capitulacion de Marmont el 30 de marzo.—M^{rs}. de Chabrol y Pasquier en el cuartel general de Alejandro.—Alejandro.—Recibe una diputacion de los parisienses.—Discurso de Alejandro.—Entrada de los ejércitos aliados en Paris.—Fisonomía de Paris.—Petition de los mairres de Paris á Alejandro.—Manifestacion realista al pasar los soberanos.

I.

Mientras que Paris se resignaba, casi desarmado, á las innumerables fuerzas de que se hallaba rodeado, Napoleon calculaba con ansiedad las jornadas y las horas que le separaban de su capital. Tenia que atravesar setenta leguas con un ejército fatigado por las marchas y contramarchas, pero impaciente por volver á ver los muros de Paris y conseguir allí la última victoria. Los soldados, con los pies lastimados por los caminos y las nieves, olvidaban su cansancio y sus heridas al mirar á su emperador marchando unas veces á pié y otras á caballo en medio de ellos. La impaciencia febril de Napoleon se

comunicaba con sus miradas. La ignominia de ver á la capital de la Francia amenazada pesaba sobre sus almas como los remordimientos de tanta gloria perdida. Corrian para anticiparse á la venganza del mundo, y Napoleon para recobrar su imperio. Arrojando á los canales ó quemando los equipages que le embarazaban, andaba veinte leguas por dia. El 29 á las once de la noche llegó á Troyes é inmediatamente despachó á Paris al general conde de Girardin, previniendo sostener la defensa para que le diese tiempo de llegar. El 30 continuó la marcha á la cabeza de los restos de su guardia, corriendo hácia Pont-sur-Yonne y hácia Moret. A cinco leguas de Troyes, mientras descansaba su guardia, el enigma de su suerte le parecia imposible de soportar. Se metió en un mal carruage que la casualidad le presentó, y acompañado de algunos oficiales de su estado mayor, tomó el camino de Sens. Al atravesar aquella ciudad mandó llamar á los magistrados y les previno tuviesen preparadas las raciones necesarias para ciento cincuenta mil hombres, que dijo llevaba en socorro de Paris. Durante la noche siguió al galope el camino de Fontainebleau.

II.

Mientras la rápida marcha de Napoleon y de su puñado de soldados hácia la capital, Paris se hallaba amenazado á tiro de cañon por los primeros cuerpos de tres ejércitos enemigos. El general ruso Bayewsky salió de Bondy con tres columnas de ataque y trepó por las cumbres de Belleville. La guardia del emperador Alejandro le seguía y le apoyaba. Las alturas de Belleville, cubiertas de grupos de casas y jardines, dominan la mitad oriental de Paris. Marmont, pegado á aquellos jardines y arrabales, defendía con la intrepidez de la desespera-

cion aquel último baluarte de la patria. Su artillería, rompiendo las columnas rusas, barria á Pantin y Ro-mainville. El enemigo cedia por aquella parte. Blucher y su ejército no estaban aun á la vista de París. El general en jefe ruso Barclay de Tolly, no viéndole desembocar para atacar en combinacion aquella ciudad de un millon de almas, temblaba que se le anticipase Napoleon antes que efectuase su reunion con Blucher al pie de las alturas de Montmartre. El general austriaco Giulay, que venia desde Fontainebleau, tambien se retrasaba. Aquellas dilaciones podian dar tiempo para que se presentase Napoleon. Barclay de Tolly comprometió todo su ejército para rendir á París sin esperar á los generales Blucher y Giulay. Pero Marmont y sus soldados, reforzados con algunos voluntarios y animados con el entusiasmo que infunde la presencia de la patria, cubrió de cadáveres las cuestas de Belleville y rechazó y contuvo á los rusos hasta el medio dia. José á caballo, recorría y alentaba á los puestos avanzados: «Defendeos, estoy con vosotros,» decia á los soldados y voluntarios. Però aquellas palabras no aumentaban el arrojo de los batallones franceses. No conocian á José: la sombra de Napoleon hubiera guardado mejor á París.

Aquel príncipe, confiado en las cartas de Napoleon, creia de buena fé, que París no estaba atacado mas que por un cuerpo aislado de los ejércitos aliados, y que los soberanos y las masas estaban ocupadas en luchar por la parte de Troyes con su hermano. Un oficial francés, hecho prisionero la víspera por una banda de cosacos y conducido al cuartel general del emperador Alejandro, desengañó á José. Aquel oficial habia visto al mismo Alejandro rodeado de todas sus fuerzas á alguna distancia de París. «No es á la nacion francesa á la que yo hago la guerra, le dijo el emperador de Rusia, es á Napoleon. Ha llevado el fuego y el hierro á mis estados y ha incendiado mis ciudades. Id á París y decid que quiero

entrar en él no como bárbaro sino como amigo. Su suerte está en sus manos.» José al oír la narracion de aquella entrevista comprendió que toda resistencia contra semejantes fuerzas reunidas, perderia á la capital sin salvar al imperio. Sin embargo, despues de haber dado la orden de parlamentar, la retiró en virtud de otras noticias. Al medio dia, el ejército de Blucher, y el ejército austriaco desembocaron, uno por la parte del Sud, y otro por la del Norte en las llanuras de Montmartre y del Sena. Marmont se continuaba batiendo, y cada una de sus irrupciones desde el pie de las alturas, hacia retroceder al enemigo: pero unas masas se sucedian á otras. Las baterías se iban acercando y las bombas estallaban sobre las cabezas de José y de su estado mayor. Envió un ayudante de campo mandándole capitular, pero la imposibilidad de encontrar á aquel mariscal, uno de los primeros que se lanzó al fuego y de atravesar el espacio acerbillado de proyectiles que separaba á los tiradores, retardó á los parlamentarios. Oyese de mas cerca el estampido del cañon: los enemigos pasaron á la vez de Montmartre y Belleville, y podian entrar por asalto en una ciudad desarmada pasando por encima de los cuerpos de sus pocos defensores.

III.

Sin embargo, José quiso engañar hasta el último momento á París, para que no estallase una sedicion contra el imperio, por lo menos mientras estuviesen allí los hermanos de Napoleon. Dirigió al efecto una proclama, en que presentaba á los cinco ejércitos reunidos de los aliados, como una columna extraviada que llegaba de Meaux perseguida por el emperador. Cuando el despotismo se vale de la mentira, tiene que sostenerla hasta la última hora. «Armémonos, decia, yo permanezco con vosotros...

Defendamos esta gran ciudad, sus monumentos, sus riquezas, nuestras mugeres, nuestros hijos y que el enemigo encuentre su ignominia en esos muros, que espera atravesar triunfante.» Los parisienses ociosos esparcidos por sus baluartes y por sus jardines públicos, leyeron aquellas palabras y las creyeron por un momento. El emperador, se decían unos á otros, ataca en este momento por la espalda á esas temerarias vanguardias de la coalicion. Su cañon es el que oímos resonar: sus balas son las que caen hasta nuestros tejados: trae consigo la fortuna que por un momento le habia abandonado. Tales eran las conversaciones que en lo interior de París sostenian los partidarios de Napoleon, obcecados con su genio, cuando los hombres de corazon y de patriotismo morian á las últimas descargas de los rusos en las alturas de Belleville y de Menilmontant.

IV.

Durante aquel momento de confianza que la proclama de José daba á la ciudad, aquel príncipe, su hermano Gerónimo y el ministro de la Guerra, Clarke, bajaban de las alturas de Montmartre, se alejaban con toda la velocidad de sus caballos por los baluartes exteriores y atravesaban el bosque de Boloña para llegar á Blois. Los hombres mas comprometidos en el gobierno de Napoleon los seguian. En toda aquella corte, ya no quedaban en París mas que los mariscales que defendian las puertas. El Imperio no era ya mas que un cuartel general reducido á capitular para salvar á aquel grande hogar de la patria.

Mortier, atacado hácia el Mediodía por las fuerzas irresistibles de dos ejércitos, ya no tenia municiones para combatir. Iba á ser cortado de Marmont, envuelto, arrollado hasta por las calles de París convertidas en teatro

de carnicería. Maldecia y llenaba de imprecaciones á aquella sombra de gobierno, que huía dejando á sus últimos apoyos sin refuerzos, sin artillería y sin pólvora. Por último, recibió la orden de José, y se apresuró á escribir sobre un tambor, en medio del fuego, algunas líneas al príncipe de Schwartzenberg. «Príncipe, decia Mortier, economicemos una sangre inútil. Os propongo una suspension de armas de veinte y cuatro horas, durante las cuales conferenciaremos para ahorrar á la ciudad de París los horrores de un sitio. De otro modo, nos defenderemos hasta la muerte.»

El generalísimo austriaco, se apresuró á aceptar la proposicion de Mortier. El fuego cesó por aquella parte. Marmont, aunque tambien habia recibido ya la orden de capitular, continuaba defendiéndose. La confusion de los movimientos, la imposibilidad de comunicarse en medio de las balas, el arrojó de los voluntarios y de los alumnos de la escuela politécnica que servian la artillería, impedian entenderse. Blucher, durante aquellos últimos combates de Marmont, trepaba por las alturas de Montmartre, y desde allí asestaba sus baterías contra París. El mariscal, viendo la capital espuesta al fuego de los prusianos envió al coronel Labedoyere al cuartel general de sus aliados con proposiciones semejantes á las de Mortier. Los caballos de Labedoyere y de su trompeta, fueron muertos al momento que salieron á la llanura. Siete veces los oficiales que como parlamentarios trataron de atravesar el espacio que mediaba entre los dos ejércitos rodaron con sus caballos por el suelo. Solo á las cinco de la tarde, un ayudante de campo, Mr. de Quelen, logró llegar á la aldea de Bondy, cuartel general de Alejandro y del rey de Prusia. Aquellos príncipes despidieron al ayudante de campo con una escolta hasta los puestos avanzados rusos en la Villette. Allí sobre la mesa de un bodegon, al ruido de las últimas descargas de fusilería, firmó una suspension de armas de cuatro horas.

Cuando Mr. de Quelen hacia cesar de aquel modo el fuego, Marmont, animado por la presencia de París, y por la convicción del relevante servicio que trataba de hacer á su emperador y al amigo de su juventud, se quedaba el último en la calle mayor de Belleville, disputando palmo á palmo las casas de aquel arrabal al enemigo. Rota su espada, con un fusil de tiradores en la mano, con el sombrero y el vestido atravesados á balazos, y ennegrecido el rostro con el humo del combate, el que al día siguiente debían llamar el primero de los traidores, era el último de los héroes. Buscaba la muerte como por un presentimiento de los dobles deberes en que iba á verse colocado, y en donde su fama de fidelidad y de patriotismo, iba á eclipsarse por largo tiempo para su país. La muerte no le buscó. Mientras sus soldados guarecidos en los jardines y en las casas de uno de los lados de la calle, se tiroteaban por encima de su cabeza con los rusos, que ya eran dueños del otro lado, un puñado de granaderos se arrojó á salvar á su general. Replegaronse con él paso á paso y batiéndose hasta la barrera. Uno de los brazos con cabestrillo, una mano atravesada, y cinco caballos que le mataron en la jornada, atestiguaban suficientemente, que si al día siguiente no hizo bastante por el imperio, había hecho demasiado aquel día para la gloria y por la patria. Sin aquellos cuantos granaderos, el ejército no hubiera entrado en París mas que el cadáver de su general.

V.

El silencio del cañon, hizo saber á la ciudad que el armisticio estaba firmado. Las tropas, en número de diez y siete mil hombres, se replegaron detrás de los muros. El pueblo de los arrabales, las recibió con lágrimas de

patriotismo y de admiracion. Olvidábase su causa, y enternecia su heroismo. La Francia lo perdonó todo al valor desgraciado. El mismo Napoleon, maldecido y execrado algunas semanas antes, hubiera tenido un triunfo en su derrota, si en aquellos momentos hubiese entrado en su capital. La compasion estingue el odio; el pueblo estaba enternecido, y perdonaba. Pero la opinion del centro de París, no perdonaba: la Francia cansada de peligros y de hacer sacrificios por su emperador, pensaba en sí misma. Preguntábanse si habian de sacrificarse á aquel hombre hasta las cenizas de la capital. Los principales ciudadanos de París, meditaban acerca de sus intereses, su fortuna, y la salvacion de sus mugeres y de sus hijos. El gobierno habia desaparecido con José, Cambaceres, Regnault-de Saint-Jean-de Angely, los ministros, y los grandes cortesanos del emperador, y la opinion pública se sublevaba. Un gran número de hombres de consideracion, banqueros, comerciantes, abogados, y ciudadanos, salian de sus casas, se acercaban unos á otros, se concertaban y se entendian, por su comun deseo de preservar á la patria, y comenzaban á discutir en voz alta, las probabilidades de un arreglo con la Europa. El cañon enemigo habia roto el sello de los corazones y de los labios. Un murmullo general se pronunciaba por la paz necesaria á todos. Como en las revoluciones, se formaba una corriente unánime de opinion, para repudiar á un hombre, que no habia sabido ni cubrir las fronteras, ni preservar el corazon mismo de la nacion en París. La Francia, decían, ¿debe su capital en holocausto á ese insaciable genio de la guerra? Los aliados en sus proclamas, y los soberanos que se hallaban en Bondy, en sus conversaciones, declaraban que no hacian la guerra mas que contra la ambicion de Napoleon. ¿Debia la Francia hacer suya aquella causa y perder hasta su último hombre, por un gefe que habia usurpado su trono, privádola de la libertad y agotado sus venas? ¿Aquel sacrificio

por la gloria de uno solo, no era un sofisma de abnegación, un ultraje al verdadero patriotismo? Tales eran las conversaciones de los ciudadanos al ver entrar las mutiladas columnas de Mortier y de Marmont, los carros llenos de heridos, chorreando sangre, y los cadáveres de los intrépidos voluntarios que habían caído en Montmartre por el fuego de los rusos y prusianos.

VI.

Los principales de aquellos ciudadanos se agrupaban á la puerta del mariscal Marmont, y solicitaban hablarle acerca de la apurada situación de París, y de los peligros de la próxima noche. El mariscal los recibió desarmado, herido, y cubierto de polvo y de sangre. Su aspecto redobló la emoción de las palabras: «El honor y la fidelidad al emperador quedan ya satisfechos, le digeron sus amigos: el ejército se ha salvado por el armisticio que le da tiempo para atravesar nuestros muros, resguardarse detrás de París, y dirigirse hácia el Loira: ¿pero qué va á ser de nosotros? ¿Cuál será la suerte de nuestras mugeres, nuestros hijos, nuestras familias, nuestros ancianos, nuestros hogares, nuestros monumentos, y ese pueblo sin armas y sin viveres, entregado á todas las angustias del hambre, en una ciudad cercada por quinientos mil hombres? ¿Queréis que en las tinieblas de la noche que avanza con rapidez, esta capital tomada por asalto, ó abriendo sus puertas sin condiciones ni salvaguardia, llegue á ser el campo de la carnicería, el saqueo y el incendio de las irritadas hordas del Norte? ¿Colocareis vuestra egoísta fidelidad de soldado y de amigo del emperador, al nivel, y aun por encima de vuestros sentimientos de hombre, y vuestros deberes de ciudadano? ¿No teneis tambien esposa, parientes, amigos

y conciudadanos dentro de este recinto? Los azares de la guerra, ponen en vuestras manos en este momento la suerte de París y de la Francia. Es una responsabilidad terrible pero forzosa, que no podeis declinar sin cometer un crimen. París, la capital del mundo civilizado, el corazón de la nación, no puede ser á vuestros ojos, como uno de esos campos inhabitados ó incultos, que un general abandona ó tala con indiferencia, para obedecer á un plan de su gefe ó á las necesidades de una estrategia.»

VII.

Marmont, convencido, convenia en la necesidad de una capitulación para París, pero se escusaba con su incompetencia para tomar una resolución de que dependria la suerte del imperio: «Yo no soy, decia, el gobierno, ni aun el comandante en gefe del ejército, no soy mas que un teniente del emperador, un soldado de la patria. ¿Con qué título me atreveria á estipular en mi nombre condiciones, que solo á la misma patria, ó al emperador toca admitir! El emperador, segun dicen, se acerca á Fontainebleau: voy á llevarle mis tropas, y hará lo que su penetración y su autoridad juzguen mas conducente al bien estar del pais.»

Los ciudadanos respondian: «Al pais es á quien corresponde tomar una determinación. Los ministros de Napoleon han abandonado la capital. ¿Dejaremos arruinar nuestros hogares por un supersticioso respeto á un gobierno que solo ha sabido atraer sobre nosotros la última de las calamidades!» El Consejo municipal de París, consejo de familia que se presenta cuando los gobiernos desaparecen, se unió á los banqueros, ciudadanos y comerciantes que instaban. Marmont fluctuaba entre su deber militar y su deber civil. Obedeciendo al emperador

esponia á París á una de esas catástrofes que hacen desaparecer del suelo á una capital. Obedeciendo al consejo municipal, y á los justos temores de los ciudadanos, perdía á su general y sacrificaba su nombre. Separado del ejército del emperador por los ejércitos extranjeros, no podía recibir mas órdenes que las de la necesidad. Cedió á los sentimientos de su corazón, capituló y abrió las puertas de París: en seguida mandó replugar sus tropas sobre Fontainebleau. En aquel acto, que sustituía una capitulación á un sitio no hubo traición ni debilidad. ¿Qué podía hacer un general aislado habiéndose batido hasta el último extremo con diez y siete mil hombres contra trescientos mil? No fué Marmont quien hizo aquel día traición á París, sino que París se la hizo á Marmont, no levantándose para su propia defensa. El corazón del imperio no palpitaba ya por Napoleon.

VIII.

En la capitulación se estipuló, que los cuerpos de ejército, (asi llamaban todavía á aquellos restos), saldrían de la capital el 31 de marzo por la mañana, y que las hostilidades no podrían volver á comenzar hasta dos horas despues de la evacuacion, es decir, á las nueve: que la guardia nacional se someteria á las órdenes de las potencias aliadas, y por último que la capital de la Francia quedaba á la generosidad de los aliados.

La noche fué triste y silenciosa. Solo turbó el sobresaltado sueño de los ciudadanos, el ruido de las ruedas de las cajas de municiones, y los pasos de los caballos de las columnas francesas, que se retiraban suspirando. Pero la noticia de que se habia firmado una capitulación, tranquilizó á los mas tímidos. Sabían que el prefecto de París, Mr. de Chabrol, y el prefecto de policia

Mr. Pasquier, se habian dirigido al cuartel general del emperador Alejandro, en Bondy, para conferenciar con los vencedores, y ponerse de acuerdo con los generales extranjeros acerca de la ejecucion de la capitulación. El carácter de aquellos dos magistrados, tranquilizaba á los ciudadanos. Eran de los que sirven con inteligencia y comedimiento á los gobiernos, pero que no hacen mayores esfuerzos de lo posible, ni oponen una resistencia desesperada á la necesidad. Mr. de Chabrol, era un funcionario imparcial, muy apreciado de la capital: Mr. Pasquier, de una antigua raza parlamentaria, era uno de esos hombres, instrumentos útiles en todas las causas, con tal que sirvan para su engrandecimiento y no deshonren su carácter. Uno y otro tenian demasiado presentimiento de la catástrofe del Imperio, para dejarse sepultar entre sus ruinas. Por la misma flexibilidad de sus convicciones, tranquilizaban á París. Se sabia muy bien que no se ostinarían en seguir la suerte de una causa que se hundia. Algunos ciudadanos de los mas impacientes por cambiar de amo, les acompañaron al campo de los aliados, para tantear sus disposiciones, y ver si podían husmear el desenlace. Caulaincourt que corria ya hacia muchas noches por salvar los intereses de su amo, llegaba á Bondy en aquel mismo momento para volver á agarrar el último hilo de una negociacion tantas veces desconcertada por la derrota y por la victoria. Aquellos clientes del emperador Alejandro, que iban á abogar causas tan diferentes, aguardaron á que se despertase para saber lo que la suerte iba á pronunciar por su boca.

IX.

El emperador Alejandro estaba asombrado y enterrecido de su victoria. Dictar leyes á las puertas de Pa-

ris, al pueblo que había incendiado su capital; tener en su mano la corona ó la abdicacion del conquistador de que había sido el amigo y casi el adador, era para es-tasiar á un alma vulgar: pero Alejandro tenia una alma grande. Como las almas magnánimas, cifraba su gloria, no en la venganza sino en la generosidad. Las represen-taciones contra un pueblo ó contra un hombre vencido, le pa-recian lo que son, una perversidad del triunfo. Aunque aquel príncipe participaba de la flexibilidad de la raza griega, y del fanatismo de las razas del Norte, tenia tambien la grandiosidad teatral de las razas heroicas del Oriente. Quería imitar á la antigüedad, no con destro-zos, sino con virtudes. Aspiraba á la civilizacion: respe-taba á la humanidad; adoraba profundamente á la Pro-videncia, de la que se creía instrumento para libertar al mundo del despotismo que Napoleon hacia pesar sobre la independencia de los pueblos ya hacia quince años, y sobre las libertades del espíritu humano. Joven, her-moso, adorado con la vista, aunque llevaba impreso en sus funciones el sello de la melancolía de un recuerdo, imponía con una sencillez magestuosa. Procuraba mas bien agradar á los franceses que vencerlos, y parecía que les pedía le perdonasen sus triunfos. Deseaba que la Francia viese en él, no un bárbaro sino un admirador, no un vencedor, sino un libertador y un amigo. A aque-lla dulzura de carácter, á aquella gracia que se escusa de su fuerza, el emperador Alejandro reunía una adora-cion exaltada á la divina Providencia. Su apasionado y caballeresco corazon, se había impregnado de dulzura y de tristeza por algunas mugeres idolatradas. El cansan-cio de los placeres, estinguendo en sus sentidos desde muy temprano la voluptuosidad, los había reemplazado en su alma con un platonismo piadoso, y un amor ina-gotable á lo infinito. Una muger todavía hermosa, espe-cie de Sibyla cristiana, madama de Krudener, seguía correspondencia con él. Le profetizaba el papel de Cons-

tantino de un nuevo cristianismo. En el alma religiosa de Alejandro se hallaban mezclados, el fanatismo de la ortodoxia griega, las doctrinas del filósofo católico Mais-tre, que había residido mucho tiempo en su córte, las luces de la filosofía racionalista de la Francia, y por úl-timo, la ilustrada piedad de madama de Krudener. Gran-de eclecticismo, cuyo culto era vago, pero en el que Dios inflamaba su corazon. Todo papel sublime necesita gran-de inspiracion. Segun iba engrandeciéndose el suyo, aumentábase aquella, y sus pensamientos se elevaban á Dios: le daba gracias por haberle concedido el triunfo, y buscaba ardientemente en su alma el santificarle ante el Ser Eterno con beneficios á la humanidad.

X.

Tales eran las verdaderas disposiciones del empera-dor Alejandro en el momento en que se despertaba ven-cedor á las puertas de París. Admitió á su audiencia á los magistrados, gefes de la guardia nacional, y particu-lares. Parecía que el conquistador era el que suplicaba: «Deploro esta guerra, les dijo, no la hago á los france-ses sino al hombre que abusa de su nombre y de su san-gre para oprimir á la Europa. El es quien fué á provo-carme hasta el centro de mi imperio, á talar mis provin-cias, sacrificar mis pueblos, é incendiar mis ciudades. La justicia de Dios me trae hoy al pie de los muros de donde partió la agresion. No me aprovecharé de este fa-vor que la Providencia ha dispensado á mis armas, mas que para reconciliar á la Francia con las naciones, y de-volver la paz al género humano.

El emperador prometió en seguida proteger la capi-tal, y dirigiéndose á los gefes de la guardia nacional, los autorizó para que conservasen su organizacion y sus ar-

mas, para que en union de sus tropas velasen por la seguridad pública y doméstica.

Durante esta conversacion, su ministro Mr. de Nesselrode, avisaba secretamente á Mr. de Tayllerand, que Alejandro deseaba conferenciar con él, y que cuando entrasen los ejércitos aliados en París, iria á parar á su palacio.

XI.

Nada anunciaba en la fisonomia de París, la consternacion de una capital que aguarda á su vencedor. Los barrios, los arrabales y las calles, estaban llenos de una multitud inmensa, cuyos rostros espresaban mas curiosidad que tristeza. Todo es espectáculo para semejante ciudad, hasta su misma humillacion. Sin embargo, forzoso es decirlo, lo que hacia aquella humillacion menos visible, era la opinion del pueblo y de la inmensa mayoría de los ciudadanos. No era la Francia la que les parecia vencida sino el emperador. Decian con verdad: «No es el enemigo quien triunfa de ella, nosotros somos los que le dejamos caer. Si no hubiese llevado la usurpacion de todos nuestros derechos y la tiranía de todas nuestras libertades hasta ese estremo que hace doblegarse el patriotismo ante la dignidad de hombre, la Francia, levantándose como en 1792, hubiera rechazado hasta sus capitales, á esos soberanos profanadores de su suelo. Hemos sido invadidos porque lo permitimos, somos vencidos en el hombre que es nuestro gefe: pero cuando este se halle ya fuera de combate, volveremos á conseguir la victoria, recobrando la libertad, y con ella la voluntad de aprestarnos á la lucha.» Leíase ademas en todos los semblantes y se leía en todas las conversaciones, el ardiente deseo de saber cuál seria la suerte que aquel dia tenia reservada á la patria. ¿Volveria á levantarse en la capita

aquel poder militar que no habia podido preservarla?... ¿Cuál seria el gobierno que su caida iba á imponer ó á dejar elegir á la Francia? Aquellos pensamientos preocupaban de tal modo los ánimos, que apenas les permitian meditar sobre la inmensidad de semejantes reverses, y la ignominia de la ocupacion. Las controversias de los ciudadanos entre sí, sobre las eventualidades del porvenir, y sobre la preferencia de tal ó de cual reinado, daban á París una animacion, un movimiento y un murmullo, que convertian aquel dia de degradacion, en uno de fiesta ó en un espectáculo.

Solo el pueblo de los cuarteles populosos y de los arrabales, llevaba retratada en su fisonomía la rabia de la patria y la consternacion del ciudadano. Aquellos hombres sencillos, estraños á los debates políticos para la eleccion de los gobiernos, no tienen mas opinion que la patria. Familias de las que salen y en las que vuelven á entrar los soldados, se interesan especialmente en las luchas, en las derrotas ó en las victorias de sus hermanos. Los soldados de Mortier y de Marmont, hambrientos, heridos, y padeciendo estremadamente, habian pasado la noche en los arrabales, y al retirarse por aquellas calles, habian inspirado en ellos una compasion muy viva de sus miserias, un odio fanático al estrangero, y una sorda indignacion contra la capitulacion que entregaba París á merced de los enemigos, y obligaba á las tropas á emprender la retirada. Algunos grupos de aquellos hombres del pueblo á quienes el rey José habia mandado distribuir picas aunque en corto número, blandian sus armas, protestando contra la cobardia de la ciudad, y lanzaban imprecaciones contra los hermanos de Napoleón y los ministros que habian huido. Pero aquellas imprecaciones espiraban entre el silencio y la resignacion de la multitud. Nadie se armaba para defender á la capital, temiendo que se creyese se armaba en defensa de Napoleón.

BIBLIOTECA
MUSEO DE MEDICINA

XII.

A las diez de la mañana, con un sol de primavera, y por entre una multitud tranquila, como si asistiese á una revista de la Europa, comenzaron á desfilar por París los ejércitos coaligados. Aquellas tropas, descansadas de marchas y de combates ya hacia muchos días, habían tenido tiempo de quitar de sus ropas y de sus armas, las señales de las marchas y de las batallas. Los hombres, los caballos, los cañones, ostentaban gran lujo militar, y mucho oro y acero. Todos los regimientos rusos, prusianos, austriacos, y alemanes, parecían que acababan de salir de sus cuarteles para que les pasasen revista sus soberanos. Doscientos cincuenta mil hombres, caballería, artillería, é infantería, marchaban en columnas cerradas de treinta hombres de frente, por todas las avenidas del Norte y del Este de París, y penetraban por sus puertas al sonido de los tambores y músicas militares.

Algunos pelotones de cosacos y de caballería oriental del Cáucaso, precedían al ejército como para abrirle paso por las principales avenidas de la capital. Al verlos, el pueblo de los cuarteles de la Bastilla, se puso en conmoción, y como en señal de desafío prorumpió en el grito de ¡ Viva Bonaparte !... Algunos hombres armados salieron de aquella multitud y se arrojaron sobre un ayudante de campo del emperador Alejandro, que iba á preparar su alojamiento. « ¡ A nosotros, franceses, gritaban desesperados, el emperador Napoleón llega!... aniquílemos al enemigo!... » El pueblo no hace caso, se interpone la guardia nacional, y levanta á algunos oficiales heridos, protegiendo al destacamento. Bien pronto aparecen en los baluartes las cabezas de las columnas.

Las calles de los paseos de árboles, los balcones y los tejados de las casas eran como otras tantas gradas de un

circo, cuyos inmensos y silenciosos espectadores, presenciaban el desenlace del drama europeo de diez años. El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro, marchaba á la cabeza de la caballería rusa, montado en un brioso corcel. Aquel príncipe de rostro tártaro, mirada azorada, la voz bronca, y el gesto soldadesco, representaba la guerra bárbara, evocada desde el fondo de los desiertos del Norte para resfluir sobre el Mediodía. Pero sometido como un esclavo domado y afecto á su hermano, el gran duque Constantino imponía á sus escuadrones la disciplina y la humanidad de los días de paz.

XIII.

El emperador Alejandro, mientras su hermano conducía lentamente sus treinta mil caballos hácia los Campos Eliseos por los baluartes, había ido con todos sus generales á reunirse con el rey de Prusia en la barrera de París para hacerle participar del triunfo, como había participado de la victoria. Los maires de París se presentaron y le recomendaron la capital.

« La suerte de las armas me ha conducido hasta aquí, les contestó Alejandro. Vuestro emperador, que fué mi aliado, me ha engañado dos veces. Estoy muy distante de querer causar á la Francia los males que me ha hecho. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleón es mi único enemigo. Protegeré á París, respetaré sus habitantes, y sus monumentos: no haré permanecer en él mas que tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional, que es la flor de vuestros ciudadanos. De vosotros depende únicamente el asegurar vuestra suerte para el porvenir. »

XIV.

Alejandro, con aquellas palabras indicaba bastante claramente cual debía ser la única víctima del acontecimiento. Era evidente que Napoleón, su único enemigo, debía ser sacrificado á la paz. Pero el vencedor no lo decía.

Después de aquellas palabras admirablemente calculadas para explorar y prevenir la opinión contra el único obstáculo para la reconciliación del mundo, Alejandro y el rey de Prusia guiaron lentamente sus caballos hacia la puerta de San Martín. Una numerosa y brillante comitiva de soberanos de segundo orden, príncipes y generales les seguía. Marchaban entre un regimiento de cosacos regulares del Don, cuyo aspecto oriental asombraba la vista, y los regimientos de su guardia. Aquellas tropas, por la hermosura de los caballos, por la talla de los hombres del Norte, por la limpieza, la elegancia y riqueza de los uniformes, de los arneses y de las armas, contrastaban con la caballería flaca y los cuerpos encorvados por las marchas y los uniformes sucios con el polvo y la sangre del puñado de heroicos franceses que París había visto la víspera por la noche atravesar sus muros. Los tambores, trompetas é instrumentos de las músicas militares llenaban las calles de sonidos belicosos, alegres para ellos, tristes para los franceses. Las calles que conducen desde las barreras al arrabal de San Martín, miradas desde los balcones, parecían un río de acero.

En el sitio en que el ancho arrabal desemboca en los baluartes por la puerta triunfal de Luis XIV, las columnas, obstruidas por la inmensa multitud de la ciudad de París que había acudido de todos los cuarteles del Mediodía y del Oeste, fluctuaron un momento como detenidas

por aquel flujo del pueblo. Por último, á duras penas se abrieron paso por la avenida que conduce á los Campos Elíseos. Jamás se había visto París inundado por semejante Océano de sables, bayonetas y cañones que llenaban sus calles y sus plazas. El pueblo, tantas veces engañado por los boletines del emperador, que no le hablaban mas que de las victorias de sus armas y de las derrotas de sus enemigos, veía, en fin, con sus propios ojos la dolorosa verdad: la Francia, desarmada y estenuada, la Europa armada é inagotable. Aquel espectáculo le desprendía del emperador. Las masas solo juzgan por sus sentidos: la fuerza visible las arrastra hacia el lado de la fortuna. La multitud, en un principio muda y consternada, comenzaba á creer en la caída completa de Napoleón. Desde el convencimiento de la caída hasta la maldición de su fatal poder, no había que hacer mas que una señal; y algunos realistas la dieron en efecto.

XV.

Cuando los soberanos, el emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzberg, los generales, los ministros y los embajadores, todos á caballo, llegaron á la parte de los baluartes en donde desembocan los cuarteles mas opulentos de la ciudad, varios grupos prurupieron en los gritos de *Viva el rey!*... Aquel grito, ahogado desde 1791, desconocido para las nuevas generaciones, asombró al principio como un eco de otro siglo. El pueblo apenas comprendía su sentido: por largo tiempo permaneció aislado. Los mismos soberanos, aunque secretamente inclinados á aceptarle, miraron al parecer aquella manifestación como prematura; evitaron el sonreírse y pusieron un semblante adusto. Hicieron seña con la mano á algunos nobles que le habían proferido para que suspendiesen y reservasen tan peligroso entusiasmo. Pero bien fuese sincera aquella muda reco-

mendacion de prudencia en la actitud de los soberanos, ó ya fuese una provocacion mas delicada y mas hábil para que el pueblo espresase su voluntad, lo cierto es que no fué obedecida. Los grupos entre los que habia muchos republicanos mezclados con jóvenes partidarios de los Borbones, quisieron arrancar á los soberanos y á su comitiva una señal de consentimiento de aquel grito. En derredor del emperador y del rey de Prusia algunos generales y ministros, menos temerosos de comprometerse que sus soberanos, alentaban visiblemente con sus miradas, su sonrisa y su gesto aquellas aclamaciones que los vengaban del imperio. A medida que el estado mayor de los aliados iba penetrando en los cuarteles de la nobleza, de los banqueros, de las artes, el comercio y el lujo, aquellos gritos iban en aumento. Los grupos que los proferian se engruesaban cada vez mas. Algunos jóvenes y mugeres, agitando pañuelos blancos, los enseñaban á los aliados como una bandera que les recordase una causa hasta entonces enmudecida. Los mas exaltados, olvidando la prudencia personal y la dignidad de un pueblo vencido, se arrojaban al pretal de los caballos de los soberanos, les abrazaban las botas, agarraban las riendas, juntaban las manos, clavaban los ojos en su rostro, y parecian suplicarles pronunciasen una palabra que les librase del yugo del Imperio, y que les devolviese los reyes de sus padres. Repartian escarapelas blancas entre la multitud y ponian cintas blancas en las puntas de los bastones. Las señoras, asomadas á los balcones, respondian á aquellas voces y señales con otras exactamente iguales. Aplaudian á los realistas, se inclinaban cuando pasaban los soberanos, ponian colgaduras blancas en las ventanas y balcones, alzaban en sus brazos á los niños y propagaban con sus voces las de ¡*Vivan nuestros libertadores!*... ¡*Abajo el tirano!*... ¡*Vivan los Borbones!*... Las casas no ofrecian mas que un color y una voz.

El pueblo de aquellos cuarteles parecia asombrado y como indeciso entre la humillacion de ver su capital en poder de los ejércitos y la novedad del espectáculo. Napoleon era á sus ojos el culpable de aquella invasion que profanaba el recinto de su ciudad. La actitud tranquila y afectuosa de los soberanos, la disciplina de sus tropas, la figura de los generales, la modestia de los vencedores, la maravilla de aquella capital respetada, de los hogares tranquilos, de aquellas demostraciones pacíficas, de aquellos monumentos y almacenes que habian quedado abiertos, sin que mano alguna osase atentar contra las riquezas de que estaban llenos, aquella Guardia nacional armada que era el valladar para contener á las hordas del Norte, aquella policia, aquella seguridad, aquellos semblantes apacibles, aquellas señales de regocijo, aquellas banderas de fiesta en una ciudad largo tiempo amenazada, ocupada mas bien que conquistada, hacian pasar al pueblo de la consternacion al reconocimiento y al entusiasmo de su seguridad en aquel desquiciamiento de su imaginacion y de sus sentidos. El menor impulso debia conducirle á los partidos mas inesperados la víspera. Sin saber en realidad lo que significaban aquellas señales, aquellas banderas, aquellos gritos de realismo, se asoció á ellos suave y ciegamente y como por complacer á cierto desconocido, que le presentaban por solucion de aquellas incertidumbres. Sin embargo, aquel movimiento realista concebido en algunos palacios, intentado por la mañana por algunos jóvenes y viejos de la antigua nobleza, favorecido por algunos literatos y consentido y fomentado por algunos ambiciosos, presurosos á desertar del Imperio y presentar sus servicios á nuevos reinados, no se comunicaba al pueblo sin

murmillos ni resistencia. Unos se ruborizaban de manifestar su odio real y profundo contra el imperio, como un homenaje vergonzoso y exigido por sus vencedores. Otros creían que semejantes manifestaciones eran irreflexivas, imprudentes, y que quizá al día siguiente se convertirían para París en listas de proscripción. La mayor parte ignoraban por qué se entusiasmaban los realistas de aquel modo. Niños en tiempo de la república, jóvenes en el del Consulado, y hombres en el del Imperio, no conocían mas historia de su país que la revolución, las conquistas y los reveses del emperador. Los amigos de la familia ausente de los Borbones solo con mucho trabajo y como por sorpresa de la opinión, consiguieron efrecer á los ojos del emperador de Rusia una apariencia de voto nacional en favor de la Restauracion. Solo una cosa era sincera y profunda en el pueblo reflexivo: el cansancio del imperio y el odio á la tiranía.

XVII.

El desfile de los ejércitos duró una parte del día. El emperador de Rusia y el rey de Prusia, constantemente cercados y asediados por un puñado de realistas, pasaron por fin de la reserva y de la indecision á manifestaciones mas claras. Habían tenido algunas conversaciones, aunque cortas, con los hombres mas próximos á ellos. Parecía que se hallaban penetrados de la opinión que los rodeaba. Aquella opinión y aquellos recuerdos estaban representados por individuos que llevaban los mejores nombres de la monarquía ó que gozaban de la mayor reputacion en las letras: los Montmorency, los Levis, los Hautefort, los Choiseul, los Kergolay, Chateaubriand, Fitz-James, Adhemar, Noailles, Boisgelin, Talleyrand de Perigord, Juigne y Virien. Aquellos hom-

bres suplían al número por la energia y la audacia del fanatismo por su causa. Su adhesion á los soberanos de la antigua raza de los Borbones era un culto mas bien que una simple preferencia. Querían reconquistar menos su poder que su historia con los reyes de su pasado. Por la mañana, antes que la presencia de las tropas extranjeras les asegurase el patronato de los coaligados, habían arriesgado temerariamente su vida agrupándose á pie ó á caballo en la plaza de la Concordia y enarbolando solos una enseña que el pueblo podía tomar por un signo de traicion y castigar con la muerte. Pero llevados de la impaciencia y sabiendo que en las revoluciones es necesaria una abnegacion que no vuelva la vista atrás, habían jugado la vida por su recuerdo. Muertos por el pueblo ó por Napoleon, si sucumbían no tenían mas salvacion que en la complicidad del emperador Alejandro. Era necesario arrancársela, é iban á conseguirla.

BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD